

LAS CUATRO GRANDES COLUMNAS DEL RECOBRO DEL SEÑOR

(Jueves: segunda sesión de la mañana)

Mensaje dos

La primera gran columna: la verdad

(1)

Ser santificados por medio de la verdad para salir de nosotros mismos y mudarnos al Dios Triuno por causa de la unidad

Lectura bíblica: Jn. 17:14-24

I. La verdad es la luz divina que ilumina los hechos de la Biblia y televisa en nuestro ser una visión celestial y espiritual de dichos hechos:

- A. En el Nuevo Testamento, la verdad denota esta clase de “televisión celestial”.
- B. El Señor es la luz, la verdad y la Palabra; la Palabra, que es también la verdad, ilumina porque en la Palabra hay luz—Jn. 8:12; 14:6; 17:17; Sal. 119:105.
- C. La verdad es el resplandor de la luz, la expresión de la luz; en otras palabras, la verdad es la luz expresada.
- D. El Espíritu es llamado el Espíritu de verdad, el Espíritu de realidad (Jn. 14:17); el Espíritu de realidad es la “electricidad celestial” mediante la cual las cosas espirituales son televisadas en nuestro ser.
- E. Cuando el Espíritu de verdad, el Espíritu de realidad, resplandece sobre los hechos espirituales escritos y contenidos en la Biblia, nosotros recibimos la verdad, la realidad.
- F. Si leemos la Palabra sin el resplandor del Espíritu, tendremos la doctrina o “las noticias”, mas no la verdad, la realidad ni la visión.
- G. Todos los hechos divinos se hallan contenidos en la Palabra y son transmitidos a nuestro ser por medio de la Palabra; cuando el Espíritu resplandece sobre la Palabra, tenemos la “televisión celestial”; la luz resplandece sobre los hechos de la Palabra y transmite una visión celestial de estos hechos a nuestro ser, y nosotros entonces podemos conocer la verdad—cfr. Ef. 1:17-18a.

II. La verdad cumple dos funciones:

- A. La verdad nos libera de la esclavitud del pecado, liberándonos así de todas las cosas negativas—Jn. 8:32, 36.
- B. La verdad nos santifica en cuanto a nuestra posición y en cuanto a nuestra manera de ser al saturarnos del elemento de Dios—17:17; Ef. 5:26.

III. El Dios Triuno en Su Palabra al cual nosotros percibimos y el cual se imparte e infunde en nuestro ser es la verdad que nos libera y santifica:

- A. Cuando nos sentimos desilusionados o deprimidos, y nos sentimos vacíos interiormente, podemos abrirnos y acercarnos a la Palabra; después de leer por un tiempo, algo en nuestro interior se levanta, y disfrutamos la presencia del Señor.
- B. Al tomar la Palabra de esta manera, algo del Señor se forja en nosotros; ésta es la realidad del Dios Triuno que vive, actúa, opera y nos aparta.

- C. Cada mañana podemos tener contacto con la Palabra viva y experimentar que la realidad divina, el Dios Triuno, se infunde en nuestro ser:
 - 1. Esta transfusión del elemento de Dios nos libera de cosas negativas como el enojo, los celos, el odio y el orgullo; nos libera de todo tipo de falsedad, y experimentamos una verdadera liberación, una verdadera libertad.
 - 2. Mientras somos liberados, somos también santificados, apartados, hechos santos para Dios, no sólo en cuanto a nuestra posición, sino también en cuanto a nuestra manera de ser; llegamos a ser uno con Dios porque Su propia esencia se ha forjado en nosotros.
- D. Diariamente debemos acudir a la Palabra de esta manera; debemos acudir a la Palabra cada mañana y, de ser posible, en otros momentos durante el día.
- E. Cuando la Palabra se mezcla con el Espíritu viviente en nuestro espíritu, somos santificados con la esencia de Dios.
- F. Al tener contacto con la Palabra de esta manera, Dios se añade a nosotros cada día; como resultado, somos impregnados de Dios y llegamos a ser uno con Él.
- G. Nuestra necesidad crucial es permitir que el Dios Triuno vivo se infunda y se forje en nuestro ser mediante la Palabra escrita, la Palabra viva y la palabra aplicada de Dios.

IV. La santificación efectuada por medio de la palabra de verdad redundante en la unidad, puesto que los factores de la división son eliminados; la verdad santifica, y la santificación redundante en unidad—Jn. 17:14-24:

- A. El Señor Jesús, el Hijo, es la verdad; el Espíritu es el Espíritu de verdad; y la Palabra del Padre es la verdad—1:14, 17; 14:6, 17; 17:17; 1 Jn. 5:6:
 - 1. El Padre está corporificado en el Hijo, el Hijo se hace real a nosotros como el Espíritu de verdad, y el Espíritu es uno con la Palabra—Jn. 6:63; Ef. 6:17.
 - 2. Cada vez que acudimos a la Palabra con un corazón abierto y un espíritu abierto, de inmediato tocamos la Palabra y el Espíritu como la verdad.
- B. La verdad que santifica, el Espíritu que santifica, la vida que santifica y el Dios que santifica son uno solo; por consiguiente, si somos santificados, espontáneamente somos uno porque todos los factores de la división son eliminados.
- C. En Juan 17:17-23 vemos que la santificación redundante en la unidad genuina porque esta santificación nos guarda en el Dios Triuno; el versículo 21 dice: “Para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros”:
 - 1. A fin de ser uno, es necesario que estemos en el “Nosotros”, esto es, en el Dios Triuno.
 - 2. Únicamente podemos estar en el Dios Triuno por medio de la verdad que santifica, la cual elimina todos los factores de división.
 - 3. Al ser guardados en el Dios Triuno, somos uno; pero cada vez que nos hallemos fuera del Dios Triuno, de inmediato nos dividiremos.
 - 4. Debemos tener contacto con el Señor cada mañana, tocar la Palabra viva y permitir que la realidad divina se infunda en nuestro ser; mientras tenemos contacto con el Señor de esta manera, vencemos los factores de división.
 - 5. Cuando la verdad que santifica da muerte a los factores de división presentes en nuestro ser, nosotros somos conducidos a la unidad genuina, puesto que la santificación nos guarda en el Dios Triuno.

6. La santificación efectuada por medio de la palabra de verdad redundará en la unidad del Cuerpo de Cristo, que es la unidad agrandada del Dios Triuno—v. 21.
- D. Hay cuatro factores de división:
1. El primero de ellos es la mundanalidad; en tanto que amemos el mundo en cierto aspecto, ese aspecto de mundanalidad llegará a ser una causa de división—vs. 14-16, 18; 1 Jn. 2:15-17; 5:19.
 2. Otra causa de división es la ambición; cuando tenemos contacto con el Señor por medio de la Palabra y le permitimos que se infunda en nosotros, la verdad que de esa manera se imparte a nuestro ser aniquila nuestra ambición—cfr. Is. 14:13.
 3. Una tercera causa de división es exaltarse a uno mismo; debemos estar dispuestos a ser nadie y exaltar a Cristo como el único que es Alguien, Aquel que tiene la preeminencia universal—Col. 1:18; 2 Co. 4:5; 3 Jn. 9-11.
 4. El cuarto factor de división es las opiniones y conceptos; no debemos aferrarnos a nuestras opiniones, sino simplemente ir en pos de la meta del Señor: que Cristo sea recobrado como la vida y como el todo con miras a la edificación de la iglesia—Mt. 16:21-24; cfr. Ap. 3:14.
- V. **Cuando salimos de nosotros mismos y nos mudamos al Padre y a Su gloria, somos uno e incluso somos perfeccionados en unidad—Jn. 17:21-24:**
- A. En nosotros mismos tenemos los cuatro factores de división; no podemos escapar de estas cuatro cosas si permanecemos en el yo.
 - B. Ser santificados significa salir de nosotros mismos y mudarnos al Dios Triuno y permitir que Cristo viva en nosotros; de esta manera somos perfeccionados en unidad—vs. 21-23.
 - C. Esta santificación se efectúa por medio de la Palabra, la cual es la verdad, y por medio del Espíritu, quien es el Espíritu de verdad:
 1. Al acudir a la Palabra cada mañana, externamente tocamos la Palabra, pero interiormente el Espíritu nos toca a nosotros; por medio de la Palabra y el Espíritu, los cuales son la realidad, somos santificados.
 2. Cuanto más toquemos la Palabra y cuanto más el Espíritu nos toque, más saldremos de nosotros mismos; nos mudaremos de una morada, el yo, a otra morada, el Dios Triuno.
 3. Cada día debe efectuarse este cambio de morada, puesto que en el yo se encuentran la mundanalidad, la ambición, exaltarse a uno mismo y las opiniones y conceptos.
 4. Si continuamente tocamos la Palabra y permitimos que el Espíritu nos toque cada día, seremos santificados; esto es, saldremos de nosotros mismos, nuestra vieja morada, y nos mudaremos al Dios Triuno, nuestra nueva morada.
 5. Una vez que nos mudamos de nosotros mismos, somos santificados, separados, de los factores de división, y apartados no sólo para Dios, sino también hasta entrar en Dios.
 6. Si hemos de tener la unidad genuina, primero debemos salir de nosotros mismos y mudarnos al Dios Triuno (vs. 17, 21); luego debemos permitir que Cristo viva en nosotros (v. 23a):

- a. Esta unidad perfeccionada es la verdadera edificación; es el crecimiento en vida—Ef. 4:16.
 - b. Crecer en vida significa salir de nosotros mismos y mudarnos al Dios Triuno y permitir que Cristo viva en nosotros; si nos mudamos al Dios Triuno y permitimos que Cristo viva en nosotros, podremos ser uno con los santos de cualquier localidad.
- D. “Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad”—Jn. 17:23:
- 1. Ser perfeccionados en unidad significa ser rescatados de la mundanalidad, la ambición, exaltarnos a nosotros mismos y las opiniones y conceptos.
 - 2. “Yo en ellos”: esto significa que el Hijo vive y opera en nosotros.
 - 3. “Tú en Mí”: esto significa que el Padre vive y opera en el Hijo.
 - 4. En otras palabras, mientras el Hijo vive y opera en nosotros, el Padre vive y opera en Él; mediante este vivir y operar doble, somos perfeccionados en unidad, y expresamos al Padre en gloria.
- E. En Juan 17:21 se halla implícita la ambición; en el versículo 22, el exaltarnos a nosotros mismos; y en el versículo 23, los conceptos y opiniones:
- 1. En el Dios Triuno no existe la ambición, en la gloria del Padre no existe el exaltarse a uno mismo, y en el lugar donde Cristo vive y reina no hay opiniones.
 - 2. En la esfera divina y mística del Dios Triuno procesado, la ambición es absorbida, la exaltación de nosotros mismos desaparece y los conceptos y opiniones son aniquilados; en esta esfera no se encuentra el mal de la división que impera en el mundo sistematizado de Satanás (v. 15); en vez de ello, tenemos la unidad genuina.
- F. La unidad genuina consiste en vivir en el Padre, permitiendo que Cristo viva en nosotros, y en vivir en la gloria del Padre, Su expresión—vs. 22, 24:
- 1. Debemos salir de nosotros mismos y mudarnos al Dios Triuno y permanecer en Él con miras a la expresión del Padre, Su gloria.
 - 2. La verdadera edificación, la unidad, sólo es posible al estar en el Dios Triuno, y prevalece únicamente cuando Cristo vive en nosotros; es entonces que podemos expresar al Padre en gloria y experimentar la unidad genuina.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

SALIMOS DE NOSOTROS MISMOS AL SER SANTIFICADOS

Cuando estamos con el Señor en el Padre y en la gloria, somos uno; pero cuando estamos en nosotros mismos, no podemos ser uno con otros. Cuando estamos en nosotros mismos sólo podemos ser uno con nosotros mismos, mas no con nadie más. Por lo tanto, si queremos ser uno con otros, debemos salir del yo y mudarnos a Dios el Padre. Nadie puede hacer esto por nosotros; ésta es nuestra responsabilidad. Cuando salimos de nosotros mismos y nos mudamos al Padre y a la gloria del Padre, somos uno e incluso somos perfeccionados en unidad.

A fin de que se efectúe esta mudanza debemos ser santificados. Ser santificados significa salir de nosotros mismos y mudarnos al Padre. Si permanecemos en nosotros mismos, no somos santificados y, por tanto, no podemos ser uno con otros. En nosotros mismos sólo tenemos mundanalidad, ambición, el exaltarse a uno mismo y opiniones. Es imposible para nosotros erradicar estas cosas de nuestro ser. ¿Se ha dado cuenta de que el mundo es en realidad usted mismo? Lo mismo podemos afirmar con respecto a la ambición, el exaltarse a uno

mismo y las opiniones y conceptos. Es por ello que no podemos escapar de estas cuatro cosas si permanecemos en el yo. Pablo les dijo a los corintios que entre ellos había celos, contiendas y divisiones (1 Co. 3:3). Éstas son algunas de las características de aquellos que están en el yo. Sin embargo, la vida de iglesia es un edificio, y el verdadero edificio es la unidad genuina. En esta unidad genuina no tienen cabida alguna la mundanalidad, la ambición, el exaltarse a uno mismo ni las opiniones.

¿Cómo podemos eliminar estas cuatro cosas de nuestro ser? En nosotros mismos es imposible; no hay posibilidad alguna de eliminarlas. Como personas caídas que somos, estamos constituidos de la mundanalidad, la ambición, exaltarnos a nosotros mismos y las opiniones. Incluso los niños saben cómo exaltarse a ellos mismos; también a temprana edad se vuelven ambiciosos. Además, no es necesario inculcarle a los niños la mundanalidad, pues ellos son mundanos por naturaleza. Mientras estemos vivos, estamos sujetos a la mundanalidad, la ambición, exaltarnos a nosotros mismos y las opiniones. Si bien algunos de nosotros somos dóciles y mansos según nuestro modo natural de ser, eso no significa que no seamos ambiciosos ni dogmáticos. Con respecto a algunos, la ambición se expresa de forma externa y es bastante obvia, pero con relación a otros, la ambición se halla escondida en el corazón. Sin embargo, todos somos ambiciosos; la ambición es un elemento constitutivo de nuestro ser.

El Señor Jesús conoce nuestro problema. En Juan 15:5 Él dijo: “Separados de Mí nada podéis hacer”. Él es la vid, y nosotros somos los pámpanos. Debemos permanecer en Él, es decir, morar en Él. Permanecer en Cristo, quien es la vid, significa salir de nosotros mismos y mudarnos a Él. Puesto que el Señor está en el Padre, también podemos estar en el Padre al estar en Él. En Juan 17:21 el Señor oró: “Para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros”. Ésta es la unidad que se experimenta en el Dios Triuno. A fin de estar en el Dios Triuno, debemos salir de nosotros mismos. Juan 17:22-23 dice: “La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno. Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad”. Cuando nos mudamos de nosotros mismos y permanecemos en el Dios Triuno, Cristo vive en nosotros. De esta manera, somos perfeccionados en unidad.

Es solamente al ser santificados que podemos permanecer en Cristo y Cristo puede vivir en nosotros. Repito una vez más que ser santificados significa salir de nosotros mismos y mudarnos al Dios Triuno y permitir que Cristo viva en nosotros. Según los capítulos del 14 al 17 de Juan, éste es el concepto apropiado de la santificación. Cuanto más somos santificados, más salimos de nosotros mismos y nos mudamos al Dios Triuno.

LA SANTIFICACIÓN SE EFECTÚA POR MEDIO DE LA PALABRA Y EL ESPÍRITU

Esta santificación se efectúa por medio de la Palabra, la cual es la verdad, y por medio del Espíritu, quien es el Espíritu de verdad. En estos cuatro capítulos de Juan la Palabra y el Espíritu se mencionan una y otra vez. De hecho, la Palabra y el Espíritu son uno solo. Doy gracias al Señor porque muchos de nosotros hemos regresado a la Palabra y estamos sumergiéndonos en la Palabra cada día. Al acudir a la Palabra cada mañana, externamente tocamos la Palabra, pero interiormente el Espíritu nos toca a nosotros. Por medio de la Palabra y el Espíritu, los cuales son la realidad, somos santificados.

Ser santificados no simplemente significa ser separados del mundo; en realidad significa salir de nosotros mismos y mudarnos al Dios Triuno. Si ustedes se fijan en su experiencia, se darán cuenta de que cuanto más toquen la Palabra y cuanto más el Espíritu los toque, más saldrán de ustedes mismos. Ustedes se mudarán de una morada, el yo, a otra morada, el Dios Triuno. Cada día debe efectuarse este cambio de morada. Si no nos mudamos de nosotros

mismos, estaremos mal, puesto que en el yo se encuentran la mundanalidad, la ambición, exaltarse a uno mismo y las opiniones.

APRENDER A DESECHAR NUESTRAS OPINIONES

Podemos aplicar esto a la situación práctica en la vida de iglesia. Ahora es tiempo para que la iglesia en Anaheim, así como todas las demás iglesias, sean edificadas. A fin de que la iglesia sea edificada, es necesario reunirnos para el servicio de la iglesia. Al respecto, los hermanos que llevan la delantera tratan de ser muy cuidadosos porque no quieren ofender a los santos. ¿Saben qué es lo que hace que los santos se ofendan? Es el yo con su ambición y el exaltarse a uno mismo. Supongamos que usted se siente turbado porque hicieron a alguien líder en vez de usted. Si se siente turbado debido a su ambición, debe de inmediato sumergirse en la Palabra y permitir que el Espíritu lo toque. Entonces podrá salir de sí mismo y declarar: “Ángeles y demonios, no me importa quién es el líder. No permaneceré en mí mismo, sino que saldré de mí mismo para mudarme al Dios Triuno y permanecer en Él”.

En el servicio de la iglesia el elemento más perjudicial no es la ambición ni el exaltarse a uno mismo, sino las opiniones. Aparentemente, las opiniones no son tan desagradables como el exaltarse a uno mismo. Es posible que expresemos nuestra opinión con mansedumbre y humildad. Sin embargo, en el servicio de la iglesia la primera lección que debemos aprender es poder decir: “No sé”. Si usted dice que sabe qué hacer en el servicio de la iglesia, eso indica que tiene una opinión. Pero si dice: “No sé”, eso muestra que está dispuesto a servir, pero que no sabe cómo hacerlo. ¡Cuán maravilloso sería si todos pudiéramos decir: “No sé”!

En 1928, al comienzo de la obra en Shanghái, cierto hermano que había sido jefe de la oficina de correos llegó a ser un colaborador. Cuando lo invitaron por primera vez a cierto lugar para laborar por el Señor, no sabiendo qué hacer, le pidió consejo al hermano Nee. El hermano Nee le respondió: “Simplemente aprenda a decir: ‘No sé’. Si dice esto cada vez que las personas le pregunten algo será el mejor colaborador”. Sin embargo, es muy difícil para nosotros decir esto. Cuando venimos al servicio de la iglesia, todos nos sentimos seguros de saber algo. Sin embargo, lo que necesitamos es aprender a decir: “No sé”.

Aprendemos a hacer esto solamente cuando salimos de nosotros mismos. Si permanecemos en nosotros mismos, siempre pensaremos que sabemos mucho. Pero si salimos de nosotros mismos para mudarnos al Dios Triuno y permanecer en Él, nos consideraremos personas que no saben nada. No saber nada significa no tener ninguna opinión. Cuando estamos en el Dios Triuno, no tenemos opiniones.

Los discípulos del Señor nos proveen un buen ejemplo de lo que significa salir del yo para mudarnos al Dios Triuno. Antes de la resurrección del Señor, los discípulos permanecían en sí mismos y estaban llenos de opiniones. Pedro, Marta e incluso María tenían opiniones. Pero en Hechos 2 vemos que los discípulos habían perdido todas sus opiniones. En los Evangelios estaban en sí mismos, pero en Hechos se habían mudado del yo al Dios Triuno. Una gran mudanza tuvo lugar entre los Evangelios y el libro de Hechos. Aunque en Hechos 2 empezó una obra importante, no hubo conferencias ni discusiones acerca de ella. Cuando las personas son dogmáticas, necesitan tener conferencias y discusiones. Pero en Hechos 2 no vemos nada de esto.

No muchos cristianos saben cómo ser libres de las opiniones. Cuando nos reunamos para servir con los santos, todos debemos aprender a no tener opiniones. ¿Cómo podemos no tener opiniones? No logramos esto corrigiéndonos o mejorando nuestro comportamiento, sino mudándonos de nosotros mismos al Dios Triuno. Éste es un entendimiento más profundo de

la santificación. Una vez que nos mudamos de nosotros mismos, somos separados de la mundanalidad, la ambición, de exaltarnos a nosotros mismos y las opiniones. De este modo, no sólo somos apartados para Dios, sino también hasta entrar en Dios.

UNO EN EL DIOS TRIUNO

Cuando estamos en el Dios Triuno, somos uno. Sin embargo, cuando estamos en nosotros mismos, nos dividimos. Las enseñanzas externas acerca de la unidad no nos hacen uno. Cuanto más los cristianos hoy hablan de la unidad, más se dividen. Al igual que los corintios, ellos aún están en sí mismos y, por tanto, están acabados en lo que se refiere a la unidad genuina.

Hemos señalado que en Juan 14 el Señor Jesús dijo que Él iba a preparar un lugar para nosotros. Este lugar es Dios el Padre, y el camino para ir a Él es el Señor Jesús. En Juan 14:6 el Señor dijo: “Yo soy el camino, y la realidad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí”. Cristo, el Hijo, es el camino, y el Padre es el lugar. Aunque los incrédulos sólo pueden morar en sí mismos, nosotros podemos escoger entre morar en nosotros mismos o morar en el Dios Triuno. No tenemos que permanecer en nosotros mismos, pues podemos mudarnos al Dios Triuno. Un lugar ha sido preparado para nosotros, y ahora se nos presenta una alternativa. El Señor dijo que después de que preparara un lugar para nosotros en la casa del Padre, vendría para recibirnos en aquel lugar. Por consiguiente, donde Él está, nosotros también podemos estar. El Señor está en el Padre, y Él desea que nosotros también estemos en el Padre. Dado que un lugar ha sido preparado para nosotros en el Padre, nosotros ahora podemos mudarnos a Él al ser santificados por medio de la verdad. Esto implica tanto la Palabra como el Espíritu. Si continuamente tocamos la Palabra y permitimos que el Espíritu nos toque día a día, seremos santificados; esto es, saldremos de nosotros mismos, la vieja morada, y nos mudaremos al Dios Triuno, nuestra nueva morada. Al efectuarse esta mudanza, la mundanalidad, la ambición, el exaltarse a uno mismo y las opiniones quedarán atrás.

PERFECCIONADOS EN UNIDAD

Juan 17:23 dice: “Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad”. No sólo nosotros nos hemos mudado al Dios Triuno, sino que también el Señor está en nosotros. El hecho de que Él esté en nosotros tiene que ver con el vivir. Nosotros nos mudamos de nosotros mismos a fin de estar en el Dios Triuno. Luego, una vez que estamos en el Dios Triuno, Cristo puede vivir en nosotros. Es cuando permanecemos en el Dios Triuno y cuando Cristo vive en nosotros que somos perfeccionados en unidad.

Si nos reunimos estando en nosotros mismos para participar en el servicio de la iglesia, nos será imposible ser uno. A fin de servir en unidad, debemos salir de nosotros mismos. Nosotros servimos al mudarnos al Dios Triuno. Sin embargo, mientras salimos de nosotros mismos para mudarnos al Dios Triuno, debemos permitir que Cristo viva en nosotros. La vida que Él lleva en nosotros nos perfecciona en unidad. Al salir de nosotros mismos y mudarnos al Dios Triuno, experimentamos la unidad. No obstante, ésta no es la unidad perfeccionada. Es únicamente cuando Cristo vive en nosotros que nos percatamos de la realidad de la unidad genuina. Cuanto más el Señor vive en nosotros, más Su vivir nos perfecciona a nosotros junto con otros para que experimentemos la unidad genuina.

La unidad genuina no tiene que ver simplemente con el hecho de reunirnos. Si hemos de tener la unidad genuina, debemos primeramente salir de nosotros mismos y mudarnos al Dios Triuno; en segundo lugar, debemos permitir que el Señor viva en nosotros. De este modo, no sólo seremos uno, sino que también seremos perfeccionados en unidad. Aquí, en esta unidad genuina, no existe la mundanalidad, la ambición, el exaltarnos a nosotros mismos ni las

opiniones; en vez de ello, solamente tenemos el Dios Triuno: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

LA VERDADERA EDIFICACIÓN

Esta unidad perfeccionada es la verdadera edificación. Fue en 1954 que hablé por primera vez de la edificación. Les dije a los santos en Manila que ellos debían saber quién estaba encima de ellos, debajo de ellos y al lado de ellos. Más tarde, aprendí por experiencia que este concepto de edificación no es acertado, puesto que sólo se aplica a un edificio con materiales inertes que no se mueven de un lugar a otro, y no a nosotros, personas vivas, que pueden desplazarse de una ciudad a otra. Así que, le pedí al Señor que me mostrara en términos prácticos en qué consistía la edificación. Poco a poco, principalmente en Efesios 4, empecé a ver que la verdadera edificación es el crecimiento apropiado en vida. Cuando crecemos en vida de manera normal, salimos de nosotros mismos y nos mudamos al Dios Triuno, y Cristo vive en nosotros. Cuando ésta es nuestra experiencia, experimentamos la unidad genuina y somos perfeccionados en unidad. Cuando somos perfeccionados en unidad, no tenemos problemas con respecto a la edificación. Adondequiera que vamos, somos uno con los santos. Pero si permanecemos en nosotros mismos, sin importar dónde estemos, tendremos problemas.

La verdadera unidad no es simplemente la camaradería, ni simplemente la coordinación; es el crecimiento en vida. Crecer en vida significa salir de nosotros mismos y mudarnos al Dios Triuno y permitir que Cristo viva en nosotros. Si nos mudamos al Dios Triuno y permitimos que Cristo viva en nosotros, podremos ser uno con los santos de cualquier localidad. Si usted tiene problemas en la iglesia, no culpe su entorno ni culpe a los santos; más bien, culpe a sí mismo por no mudarse de sí mismo al Dios Triuno y por no permitir que Cristo viva en usted. (*Truth Messages* [Mensajes de la verdad], págs. 56-62)